

II
FIGURAS
INTELECTUALES

ESTEBAN DE BILBAO EGUIA, MARQUES DE BILBAO-EGUIA

DONOSO CORTES Y SU TIEMPO

Donoso Cortés y su tiempo

Colaboración por el Académico de número

Excmo. Sr. D. ESTEBAN DE BILBAO-ECUÍA, Marqués de BILBAO-ECUÍA

Hoy vengo a hablaros de un hombre genial que, circundado un día por los esplendores de la fama, yace su memoria en el sepulcro del desprecio o del olvido, en medio de esta verdadera Babel en la que todos disienten suponiéndose monopolizadores de la justicia y de la verdad. Me refiero a don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, orador grandilocuente en el Parlamento, secretario un día de doña María Cristina, su consejero en el exilio, y desterrado por Espartero en castigo de su lealtad.

Sus discursos en las Cortes llevaban el sello de su grandilocuencia, el rayo de su dialéctica, el vigor de sus imprecaciones; tan respetuoso para sus adversarios, que un día pudo decirles, que no le dolía el corazón de haber hecho daño a nadie, ni perjudicado en su ambición, que no es poco decir en el terreno resbaladizo de la política.

No le faltaron, sin embargo, enconados alversarios; teólogos que le opusieron serios reparos señalando los peligros de un estilo audaz mal avenido con la *precisión "de los silogismos" en Bárbara*.

A los unos les pareció *panteísta*, otros veían en sus afirmaciones algo así como reflejos de la *gracia necesitante de Calvino*: quien le *acusó de jansenista* o poco menos. Y en definitiva, si ninguno se atrevió a acusarle de herejía formal, nunca le faltó el coro de los escandalizados, que obligó a su conciencia escrupulosa, por no discutir con teólogos y sacerdotes, a someter humildemente sus doctrinas y trabajos a la censura de las autoridades eclesiásticas. Fue sobre todo Gaduel, instrumento acaso de Dupanloup, quien extremando sus reparos, vengara en Donoso

los resentimientos de una apasionada polémica que entonces dividiera a los católicos franceses; reparos que amargaron los últimos días de nuestro biografiado, así como los de Balmes, mortificando a estos dos grandes atletas de la Verdad católica.

Y nada hay que añadir de políticos y literatos que sorprendidos por la novedad del estilo, la fuerza de sus argumentos y la lógica de sus previsiones, rechazaban éstas en aquella hora difícil, una de las más conurbadas del siglo XIX.

Pacheco, el gran amigo de su juventud, admira en Donoso su gran talento generalizador, aficionado a las grandes síntesis, pero le atribuye una excesiva sensibilidad y timidez, fruto de una dolencia física, que según él, le acompañó toda su vida, origen de sus exageraciones doctrinales, como de aprensiones catastróficas.

Para Baralt, su inmediato sucesor en la Academia, cuyo discurso de ingreso constituye una larga semblanza de su antecesor, es, en cambio, un lógico sincero y valiente, dogmatizador y polemista terrible que acorrala al adversario, increpa a las revoluciones y anatematiza al doctrinarismo; incapaz de una sonrisa, ni de una lágrima, a pesar de su innata bondad, como lo es siempre la voz de los profetas, nuncios insoportables de las grandes catástrofes, providencial castigo de los pueblos prevaricadores.

Valera, que no le regatea sus méritos, le niega el principal, al decir que el "Ensayo" no es más un audaz y fantástico poema en prosa, imposible de ser tomado en serio para la práctica de la vida; y ello a tal extremo, que según irónicamente recela, ni el mismo Donoso podría creer en sus elucubraciones.

¿Quién más que Menéndez y Pelayo pudo alabar la grandeza de Donoso, ni quién superar el parangón que respecto del mismo y su contemporáneo Balmes trazó en los "Heterodoxos españoles"? "Con el ardor de las patrias dehesas en el estío, fulminaba Donoso sus imprecaciones contra la soberbia razón, esclava del pecado original y el eclecticismo cobarde de los doctrinarismos liberales, cómplices culpables de todas las revoluciones modernas. "Donde Donoso está, sólo los reyes entran" decía nuestro gran polígrafo. Sin embargo, de ello, Donoso, a su parecer "es constantemente un sofista impenitente y peligroso, cuyo apasionado estilo le conduce a verdaderos extravíos doctrinales".

Pidal, por su parte, cree que Donoso fue para el *ultramontanismo* una calamidad y una gloria. Gloria por sus grandes pensamientos, y

calamidad porque creó escuela o, por mejor decir, “Conservatorio de Música y Declamación”. Por ello no podía Pidal pasar por que se hablase de *La conversión*, de Donoso, su antiguo correligionario.

* * *

Si de los críticos extranjeros se trata; apenas si hubo alguno que no tuviera que oponer serias objeciones, más bien políticas que doctrinales.

Metternich, le felicita calurosamente; Guizot, suscribe muchas de sus afirmaciones; Montalembert, multiplica los elogios, y Veuillot, su gran amigo, que algún día hubo de oponer su reserva a la exactitud de alguna frase menos apropiada, fue luego su más ardoroso seguidor, testigo fehaciente de sus grandes virtudes y de sus innumerables caridades en París.

La verdad es que la voz de Donoso resonó en toda Europa, y no faltaron príncipes y monarcas, que escucharon sus avisos aleccionadores con profundo respeto; filósofos como Schelling que le convirtieron en objeto de profundas meditaciones, y es que cualquiera sea la opinión que de sus ideas se profese, Donoso ha hecho meditar a varias generaciones, y ahora mismo en muchas Cátedras, sino en los Parlamentos, no deja de resonar su sentencia contra una falsa libertad suicida y revolucionaria, para concluir afirmando, como decía Donoso: “La libertad ha muerto, y no resucitará ni al tercer día, ni al tercer año, ni al tercer siglo; quizá caminamos al mayor despotismo.” “Un siglo ha pasado y todavía la injusticia vive en una gran parte del planeta.”

Albert Broglie, Barbey D’Aureville, Blanche-Raffin, solidarizan en el aplauso al genio, que en aquella sazón supo expresar no sólo el espanto sino también el escarmiento de una Europa azotada por las revoluciones.

De aquí la gran actualidad de Donoso en su reciente centenario, que coincidente casi con el de Balmes señalan con diferente estilo, pero unánimes en lo esencial, la verdadera solución a base de una ideología católica. Así lo estima también el cardenal fray Zeferino González, sabio, historiador de filósofos y sistemas, al escribir que “ahora al cabo de un siglo obtienen su oportunidad y cumplimiento las predicciones de Donoso, y quién sabe si a la vuelta de una centuria, los hombres de buena voluntad, sentirán que pueblos y gobiernos de Europa no se

hayan acomodado a las previsiones del marqués de Valdegamas; y si lo que miramos como exageraciones sobrado absolutas del mismo, se consideren como la expresión genuina de las verdaderas necesidades político-sociales de nuestra época”.

* * *

Para comprender a Donoso hay que considerarle en su difícil posición enfrentado con los prejuicios de tantas escuelas y partidos y la pasión de las multitudes insubordinadas, con el empuje de un proletariado incivil que empieza a darse cuenta de su poderío y de las injusticias de un sistema que se apellida “democracia” y desconoce en muchas ocasiones la justicia social, supeditada a una falsa Libertad individualista y fisiocrática. Conviene recordar que por aquellas fechas se están forjando en una taberna de Londres las bases de un manifiesto comunista, credo de todas las revoluciones sociales llamando a la batalla a todos los proletariados del mundo.

Donoso no pudo conocer el manifiesto comunista pero advirtió de antemano el enorme abismo que se abría, y mucho más avisado que de Maistre y de Bonald, vislumbró la trascendencia de las nuevas cuestiones sociales, pudiendo augurar a Proudhon que con su pluma preñada de blasfemias y su soberbia satánica, no pasaba de ser una negación preliminar, que abría la puerta a sus sucesores los futuros nihilistas que la considerarían como el prólogo de sus futuros programas. Tembló Europa y temblaron los gobernantes, los sabios y los ricos... Fue una congoja universal que hizo exclamar a Pacheco, el liberal amigo y condiscípulo de Donoso, “que desde 1793 no había existido época tan fatal para la libertad como la de 1848”. Desde la Revolución de Febrero (añadía por su cuenta Donoso), no hay nada firme en Europa. Todos los hombres de Estado han perdido el don de Consejo; la razón humana padece eclipses; las instituciones vaivenes, y las naciones decadencias y todo eso con ser triste, no era más que una amenaza, que según expresión de aquel gran pensador, “esperaba la hora del castigo, último corolario de una civilización suicida enemiga de la católica, educadora y progresiva, que hubiera dotado a Europa de una juventud eterna”.

En esa hora tempestuosa y en ese ambiente de fuego, hubo de ges-

tarse el "Ensayo". "Cualquiera diría, escribe Valera, que con el estruendo de los sucesos de 1848 había perdido el juicio", pero ambos, añade Valera, vivirán siempre, la Revolución y el Ensayo, porque ambos están escritos con sangre. Quienes perdieron el juicio fueron los que embriagados por un progreso material opinaron que todo ello había sido pasajero suceso y los pronósticos de Donoso, molesta pesadilla de un pobre iluso aquejado de una especie de manía persecutoria.

Ni es posible olvidar la serie de tristes y trascendentales acontecimientos que Donoso tuvo que presenciar durante su vida y que seguramente influyeron en aquel temperamento tan sensible. Nació durante la Guerra de la Independencia. En su juventud, los desastres de la guerra civil de siete años: la Revolución de la Granja con el escandaloso ultraje a la majestad de una reina, en su misma morada: la matanza de los religiosos en sus propios conventos, terrible pecado de sangre que llena los hábitos de las víctimas en oración ante el altar; la expulsión violenta de una reina obligada a abandonar el trono, dejando a la nación sin reina y a sus hijas sin madre, por la soberbia de quien más que duque se consideraba señor de la victoria; un Estado en constante desorden, una economía depauperada; la Iglesia desamortizada, y como el mismo Donoso lo dijo en pleno Parlamento, los mismos gobernantes agentes de la corrupción; compradores y vendedores de conciencias; procesión de los jefes políticos con las manos llenas de incienso (respeto sus palabras), para quemarlo en los altares de las Juntas Revolucionarias. Y todo esto (palabras del mismo Donoso), con que él apostrofaba a sus adversarios, no es difícil imaginar la amargura que llenaba su propio espíritu.

Y si tal era la suma de desgracias capaces de conmover los cimientos de las más firmes instituciones, no era menor el caos ideológico en que se movían las escuelas. Cuando en sus tiernos años inicia sus estudios en la Universidad Salmantina, arden las escuelas al calor de las nuevas ideas mientras en la calle vociferan las turbas, y ofician las togas con el culto escrupuloso de Condillac y de Bentham. En plena guerra civil se produce una falsa reacción en el ambiente universitario para abrazar al eclecticismo de Cousin, única filosofía posible de un liberalismo escéptico, burgués por esencia y doctrinario por conveniencia. También Donoso, asiduo discípulo del filosofismo francés, satura su mente con tales teorías, que aun incompatibles con su temperamento radical, animan sus lecciones del Ateneo.

Pero ni aun esto bastó para confundir el pensamiento de aquella

generación. Grave y muy grave fue la herida que la Enciclopedia había inferido al espiritualismo católico.

Pero mayor todavía por su contenido sustancial que afectaba a las mismas raíces del pensar y del ser, el efecto de la filosofía alemana, sobre tantas mentes, indiscutiblemente superiores y enamoradas de un atrayente idealismo. Kant, Hegel, Krause, etc., etc., que seguían los caminos más abstrusos, del más soberbio y desenfrenado racionalismo.

Y con todo eso, aún fue mayor en la práctica y de más perniciosos efectos, la influencia de los nuevos economistas, que sublimando la riqueza por encima de todos los valores humanos, y a la libertad sin límites por dogma de la vida social, hallaron muy pronta respuesta en las clases proletarias, no exentas de alguna razón, y sujeto activo de muchas airadas protestas. La ideología de los unos fue el "orden" como garantía de su vida placentera, y la ilusión de los otros la revolución y las huelgas (muchas veces generales), como solución de su propia miseria.

Y la palabra mágica que a unos y a otros alucinaba con bien diversos significados su invocación a la "Diosa Libertad". Los fisiócratas, para dirigirse al Estado (que era suyo) con su fórmula salvadora secreto de todas las soluciones "Laissez faire, Laissez passer", y los otros para dirigirse a sus multitudes, con su otra fórmula, condición precisa de sus reivindicaciones: "proletarios de todos los países, uníos", para ir contra tanta injusticia.

Cabe a Donoso, como a Balmes, el extraordinario mérito de haber querido sanear el ambiente político recuperando el valor de las ideas trascendentales religiosas, políticas, éticas y sociales, tratando de convertir lo que entonces no era más que un arte de marrullerías electorales, debates parlamentarios y pronunciamientos estériles, en verdadera sabiduría que desde la más alta cumbre de la filosofía católica ordena el destino de los hombres y la vida de las sociedades humanas.

Y el mundo católico recibió alborozado (aparte disconformidades comprensibles) aquel lenguaje nuevo adornado con el ropaje de una gran elocuencia; era el lenguaje acostumbrado al día siguiente de las revoluciones. El de Chateaubriand, en el "Genio del cristianismo", al día siguiente de la Revolución francesa: el de De Maistre, Lammenais, Bonald, afeado este último por un falso tradicionalismo filosófico, enemigo sistemático de la humana razón, la palabra brillante de Lacordaire en el púlpito de Nôtre Dame, etc. Pero faltaba admirar la voz de un político militante que abandonando las filas de enfrente invocase los cristianos principios encontrando en la vulneración de los mismos el germen de

los errores políticos, no sólo filosóficos y sociales, origen de las pasadas tragedias y premisa de las venideras a no mediar una rectificación eficaz y sincera de los antiguos programas.

* * *

Manifestación interesante de la madurez del pensamiento donosiano son sus dos últimos escritos: la carta a la reina doña María Cristina, en la que priva, a más de su afecto, su grave preocupación sobre la cuestión social y sus posibles derivaciones. Y sobre todo su interesantísima carta al cardenal Fornari, a instancias de este mismo, la que parece un epílogo del "Ensayo" (síntesis afortunada del mismo), que sin descender de las cimas teológicas, hunde su escalpelo en la entraña de muchos errores políticos, habida cuenta de que algunos de ellos, sin pretenderlo, acaban en una posible heregía, una relativa a Dios y otra relativa al hombre. Confinado Dios en las celestiales alturas, independizado de sus creaturas, negación de toda vida sobrenatural, de la redención y de la gracia, y a las almas en peregrinos errantes de un mundo que se mueve en absoluto vacío espiritual y olvidadas de todo fin ultraterreno. La similitud (añade Donoso en su carta al cardenal) entre un Dios privado de intervención en los negocios humanos y la convicción de que el monarca (aun siendo soberano) como el dios de los deístas, reina pero no gobierna.

Es la hora, dice la carta a Fornari, de los utilitarismos, de los grandes negocios, de las indolencias de los ricos y de las impacencias de los pobres, víspera de las catástrofes contra las que nada pueden los tardíos consejos de los prudentes o de los hábiles, a las postre sacrificados como las primeras víctimas.

Si como en el socialismo sucede se niega a Dios, o contradictoriamente se le declara la guerra, las consecuencias son fatales, dado que no el derecho (ni la legitimidad) tienen otra premisa ni solución que la fuerza. Donde se niega a Dios, todas las voluntades son Dios, y cuando no se admite más que la materia con su evolución creadora todas las cosas son Dios. El Estado y la Sociedad, encarnación de una especie de panteísmo político, en que estriba el socialismo, donde el individuo pierde su personalidad para convertirse en átomo absorbido por la omnipotencia estatal (según el mismo Donoso en sus cartas al *Pais*, *Heraldo*). Los siglos argumentadores son los siglos de los sofistas y detrás vienen los bárbaros que no discuten pero deciden la suerte de la civi-

lización y el destino de la humanidad entera. Por ello Donoso enfila sus más poderosas baterías, una de las cuales profesó en sus años juveniles, con el ardor de un converso empeñado en remediar el daño de sus antiguas prédicas.

Y de aquí igualmente sus condenaciones contra el parlamentarismo, bien habida cuenta de la distinción entre el parlamentarismo y las instituciones representativas, incluso el mismo Parlamento liberado de los abusos que lo degradan y falsifican, que es decir, despojado de esos “ismos” que como decía en su correspondencia el mismo príncipe Metternich, desnaturalizan los sustantivos a que se aplican, en cuanto estos significan derecho y cualidad; deísmo, nacionalismo, filosofismo, constitucionalismo, socialismo, comunismo, etc.

Con tono solemne resuena la voz de Donoso, gran orador parlamentario, contra el parlamentarismo tal como se aplica en los Parlamentos actuales. He aquí sus mismas palabras: “El parlamentarismo es el espíritu revolucionario en el Parlamento. Ese sistema ha venido al mundo para castigo del mundo: es el mal sustancial, que no se diferencia del socialismo más que según el radicalismo de sus respectivas negaciones: el uno lo niega en las esferas políticas; el otro extiende su negación a los problemas sociales.” Y una de dos: o hay quien dé al traste con ese sistema, o ese sistema dará al traste con la nación española como con toda Europa.

Pretender equipararlo con las antiguas asambleas parecería un género de locura. Las asambleas aquellas eran una fuerza social y una resistencia contra el absolutismo posible de los monarcas en los tiempos de su mayor poderío, fuerza permanente e indisoluble al revés de los modernos Parlamentos, fruto de un cuerpo electoral que se congrega y disuelve en un solo día hasta que sea llamado de nuevo a ejercer periódicamente su pasajera función. Las asambleas actuales, que no son siempre una fuerza ni constituyen un límite son en cambio un poder, que lucha constantemente con otros poderes o partes del poder, que en el mejor de los casos unos y otros conspiran contra la unidad esencial del Estado, sin que ninguno de ellos pueda en verdad llamarse soberano.

Por ello, sigue razonando Donoso, el parlamentarismo es incompatible con la verdadera monarquía toda vez que la niega en sus tres características fundamentales. La divide en su unidad, en su continuidad y en sus limitaciones. Y para que su negación alcance a todo el cuerpo social la niega en su fecunda variedad de los organismos y jerarquías

sociales. La niega en su unidad porque convirtiendo en tres lo que debe ser uno, proclama la división asentando en el trono una sombra de poder que ni reina ni gobierna como no se tenga por reinar ser siervo de los partidos que dificultan su casi única y más elevada función; “mona en el tejado” como recordando a un escritor de nuestros mejores tiempos apellida Balmes a los reyes constitucionales.

La niega en su perpetuidad dado que pone su fundamento en una Constitución siempre variable al dictado de las revoluciones. Europa entera puede prestar testimonio doloroso de cómo en los regímenes parlamentarios padece y agoniza la supuesta perpetuidad de las monarquías.

Y la niega en sus limitaciones; porque la trinidad política en que la potestad reside no admite oposición ni resistencia orgánica dentro de un sistema individualista y el Parlamento que se considera única representación de la sociedad y elegido por ella misma, modifica “El Estado soy yo” de los absolutismos cesáreos, por “la nación somos nosotros” de los absolutismos parlamentarios, que se consideran creadores del derecho y modificadores de la legalidad: y así deshaciendo la unidad arriba y desconociendo las jerarquías intermedias, desorganiza todo el cuerpo social, familia, municipios, etc., para caer inexorablemente, según las palabras de Donoso, en uno de estos dos inevitables extremos: o un poder armado de la fuerza social, en presencia de individuos dispersos o una muchedumbre furiosa en contra de un poder dividido, “sin que valgan los alardes de una elocuencia fascinadora cuya púrpura al caer en manos de la multitud se convierte en miserable andrajo, bandera de la anarquía”.

¿Quiere esto decir que Donoso rehúya la discusión, toda discusión y el Parlamento, todos los Parlamentos? Nada de eso. Bien claro lo afirmó Donoso en su contestación a Alberto de Broglie en la Revista de Deux Mondes? “Yo soy enemigo de cierta discusión y la prueba evidente son Padres y Doctores que se pasaron su vida discutiendo con las heregías y la misma Iglesia, que ha sido perpetuamente y a un mismo tiempo dogmática y discutidora.” Pretenderlo solamente equivaldría a negar a la Verdad el derecho de defensa del que hizo Donoso nuestra brillante en sus interesantes polémicas.

No, no es eso. Lo que Donoso anatematiza es la discusión por la discusión interminable y sistemática que, como decía De Maistre, no está hecha para crear sino para impedir y obstaculizar la tesis del adversario, absurdo inconcebible al suponer que la multiplicación inevitable

y confusa de los deliberantes con vistas al Banco Azul, constituye una garantía de la justicia y de la verdad.

“Cuatro mil años, dice en otra parte, que el racionalismo viene discutiendo a su manera, dejando para inmortalizar su memoria sólo dos monumentos inolvidables: el panteón donde yacen todas las falsas filosofías y el panteón donde yacen todas las Constituciones.” Todas las Constituciones, podía haber añadido, que, siendo parecidas o casi iguales para todos los países, están demostrando su falsedad y por la misma razón están llamadas a parecida y simultánea desaparición.

Dadme un Parlamento que no suprima las jerarquías; porque las jerarquías son a la sociedad lo que la unidad es al poder; es decir, la condición necesaria de su existencia.

Y aquí, señores, es donde el noble corazón de Donoso se exalta al calor de su poderosa elocuencia para rendir homenaje a quienes con él compartieron las glorias de la Tribuna Parlamentaria. “Reyes de la Palabra y de la Tribuna, aunque ahora caídos y deslustrados sus blasones yo lo juro, decía”: “Si el parlamentarismo no hubiera condenado a muerte a la sociedad, ellos la hubieran salvado. Yo los vi en su heroica porfía y quedé atónito ante el divino poder de la elocuencia y el milagro de la palabra.”

Jamás, decía Donoso, ningún poder puede olvidar que se dirige a seres racionales y libres, con un destino, que por su esencia y eterna infinitud sobrepuja la naturaleza de todos los poderes temporales. Ni olvidar tampoco que sobre su grandeza estatal está la soberanía del bien común. Ni que su poder viene de Dios, causa y origen de todo derecho y de toda criatura. Por desconocer estas verdades cayeron en la esclavitud más vergonzosa y bajo la tiranía más deprimente pueblos y generaciones que vivieron al otro lado de la cruz y por eso todas las Constituciones que lo olvidan se resienten de su origen pagano y no son políticamente cristianas. Entre Caracalla y la Convención no media en cuanto a absolutismo más diferencia que la desaparición de la responsabilidad y el número de los tiranos...

El verdadero remedio contra el absolutismo no es otro que el cristianismo. Un poder sin límites es un doble ultraje contra la majestad de Dios y la dignidad del hombre. El poder según el cristianismo es un “servicio”, pero cuando carece de limitaciones significa una idolatría. Por eso los césares paganos se consideraban dioses y como dioses, omnipotentes. “Quod principe placuit” sin más ley que la de su voluntad.

Además, el absolutismo parlamentario que reniega de cuanto le precedió o le contradice, es el mayor absurdo porque implica la negación del espíritu nacional, que no es la obra de una generación, sino la de una vida multiseccular y contribución perenne a los humanos destinos, acaso dentro o fuera de sus propias fronteras.

Con solemne palabra lo afirmaba Donoso en el último de sus discursos parlamentarios “yo no represento sólo a dos mil o tres mil electores de mi distrito; ¿qué es mi distrito? Yo no represento solamente a la nación considerada en una sola generación y en un sólo día de elecciones generales. Yo represento, añadía, mucho más que eso: represento la tradición por la cual son lo que son las naciones en toda la dilatación de los siglos”. Crítica elocuente del sufragio que aun llamándose universal reduce la decisión al voto de una mayoría episódica repudiando la obra de cien generaciones cuya papeleta electoral es “*toda la historia*” de la patria.

Pero dejando otros extremos, por importantes que éstos sean, lo que interesaba más a Donoso era el rumbo de la cuestión social, consecuencia fatal de las falsas doctrinas. Era Balmes quien le acompañaba en sus predicciones. Aparisi más tarde pronosticando la inevitable caída de la Reina de los tristes destinos y Mella en nuestros propios días, anunciando la inminencia de una guerra mundial, voceros todos ellos de una lógica contundente que veía con espantados ojos la crecida del diluvio, próximo a cubrir las cimas donde todavía resonaban las orgías carnalescas de una burguesía sorda al trueno de las venganzas proletarias.

Pero lo que más asombra (y con ello termino) es el papel que Donoso adjudica a Rusia, cuando todavía resonaban los bramidos de la Revolución del 48. Mientras en Rusia reinaba el poder de los zares, absoluto, predice Donoso la posibilidad de una colaboración entre la Rusia autócrata y el socialismo revolucionario que entonces profería sus amenazas primeras. No se crea, decía, que la Europa no tiene nada que temer de Rusia; creo lo contrario; creo que para que Rusia se apodere de Europa necesita sólo la confederación poderosa de los pueblos eslavos bajo la influencia y el protectorado de Rusia.

Y efectivamente Rusia está ahí; caminando a veces sigilosamente en tierras de Europa. Está ahí en Hungría, dueña de una parte del Antiguo imperio austrohúngaro. Está ahí en Alemania, poseedora de una parte del territorio alemán, avizorando tras el Telón de Acero; y está ahí, con el comunismo en todos esos Estados satélites que después

de abatidos los tronos de antiguas monarquías son ahora refugios del más descarado comunismo. Está en Checoslovaquia, asaltando de madrugada, como un ladrón en puntillas y sin declaración de guerra, las calles de la capital checa.

Triste evidencia de Donoso que, en cambio, de la insania que se le imputaba fue dueño de una lógica irrefutable. No como un soñador enfermo, víctima de una pesadilla cobarde, sino verbo elocuente de una España multisecular, que sin Parlamentos ni partidos políticos evangelizó y civilizó un nuevo mundo, y fue señora del Imperio mayor que conoció la **Historia**.